



ROD  
DREHER

Del autor de *La opción benedictina*

*VIVIR*  
EN EL  
*ASOMBRO*

Descubrir el misterio  
y el sentido en  
una era secular



EN  
CUENTRO

100XUNO

Vivir en el asombro



100XUNO



Rod Dreher

# Vivir en el asombro

Descubrir el misterio y  
el sentido en una era secular

*Traducción de Stefano Tardivo*



Título en idioma original: *Living in Wonder.  
Finding Mystery and Meaning in a Secular Age*

© Rod Dreher, 2024

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

Esta edición se publica mediante acuerdo con David Black Literary  
Agency a través de International Editors and Yañez' Co.

Traducción de Stefano Tardivo

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 154

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-266-0

Depósito Legal: M-3785-2026

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com) - [info@edicionesencuentro.com](mailto:info@edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

I. VER EN LA VIDA DE LAS COSAS .....	11
II. EXILIO DEL JARDÍN ENCANTADO .....	31
Cómo Occidente se volvió <i>weird</i> .....	34
La religión en la Antigüedad .....	35
El giro de Occidente hacia la mente.....	41
La Reforma desencantadora .....	44
Ciencia y modernidad .....	46
Los desencantamientos del capitalismo .....	48
Internet como máquina de desencantamiento .....	51
El yo en la era de Internet.....	54
La abolición del hombre .....	56
III. MENTE ENCANTADA, MATERIA ENCANTADA .....	59
Prisioneros del hemisferio izquierdo.....	61
La mente resonante.....	66
Mente, materia y metanoia.....	69
La mente receptiva.....	73
McLuhan, medio y mensaje.....	78
Cambiar nuestra mente .....	81
IV. POR QUÉ IMPORTA EL DESENCANTAMIENTO .....	85
Las almas muertas de los desencantados .....	92
La nueva gran depresión .....	94

Una cultura de caos constante .....	96
Sin fe en el sistema .....	97
El materialista desencantado.....	99
El espiritualista desencantado.....	102
¿Y si fracasamos en el reencantamiento cristiano? .....	104
<b>V. EL OSCURO ENCANTAMIENTO DE LO OCULTO.....</b>	<b>109</b>
La historia de Jonás .....	116
Los exorcistas.....	130
<b>VI. EXTRATERRESTRES Y LA MÁQUINA SAGRADA.....</b>	<b>141</b>
El yo poroso y el encantamiento de la religión digital.....	150
La tecnología como metafísica .....	153
Tecnología, magia y la religión del presente.....	157
La tecnología digital es tecnología espiritual.....	162
Los dioses del mañana.....	168
<b>VII. ATENCIÓN Y ORACIÓN .....</b>	<b>175</b>
Moldes culturales y encantamiento práctico.....	179
Sumisión y sacrificio.....	182
El significado del fluir .....	186
Orar como un monje.....	193
La oración de Jesús.....	197
Orar como un evangélico.....	200
Encontrar la frecuencia adecuada.....	204
<b>VIII. APRENDER A VER.....</b>	<b>207</b>
«La belleza salvará al mundo» .....	212
Belleza, metáfora y el poder de la narración .....	219
Atanasio en el Adriático.....	224
Orden en la creación .....	226
Eros y belleza.....	230
<b>IX. SIGNOS Y PRODIGIOS.....</b>	<b>237</b>
Santos en un sueño .....	244
Feliz Navidad, Stefano .....	246

El rostro en el techo .....	251
La maldición de la esposa cubana traicionada.....	254
El hijo pródigo en una cueva del Himalaya .....	256
 X. TRES PROFETAS DE LO REAL.....	261
El arcoíris nocturno de Martin Shaw.....	263
Paul Kingsnorth: el hombre contra la máquina .....	271
Jonathan Pageau, simbolista .....	283
 XI. LA URGENCIA DE LO MÍSTICO .....	291
Una vía dolorosa encantada.....	294
El peregrino regresa al mundo.....	306
La advertencia de Rahner.....	312
 AGRADECIMIENTOS .....	317





*A Luca Daum  
y a la memoria de Andrei Tarkovski,  
dos artistas que me enseñaron a ver cometas.*



## I. VER EN LA VIDA DE LAS COSAS

«Cientos de personas pueden hablar por  
cada una que puede pensar, pero  
miles pueden pensar por cada una que puede  
ver. Ver con claridad es poesía,  
profecía y religión, todo en uno».

John Ruskin

«El mundo no es lo que pensamos que es».

¿Sabes quién me dijo eso? Un abogado cristiano devoto cuya inmersión en la extraña realidad que se oculta justo bajo la superficie de las cosas comenzó el día que vio un ovni suspendido sobre un campo. Hoy, años después, trata de aclarar lo que pasó con la ayuda de un exorcista. El hombre, al que llamaré Nino, ya creía en Dios, en los ángeles, los santos, los demonios y todo lo demás antes de aquella experiencia. Pero entonces, todo se volvió intensamente real para él, de un modo que jamás habría podido prever.

Todo comenzó en 2009, cuando Nino, que entonces era un adolescente, conducía por un camino rural no muy lejos de su casa, en la Nueva Inglaterra profunda. Vio una gran nave de color obsidiana suspendida en silencio sobre un campo. La observó durante un breve instante y luego siguió su camino. Como me confesó más tarde: «Fue como si me hubieran plantado una semilla para más adelante». Por miedo al ridículo, no se lo contó a nadie.

Avancemos hasta 2016. Nino ya era estudiante de Derecho en una gran ciudad estadounidense. Un día, mientras estudiaba en la mesa de su cocina, vio cómo la pared desnuda comenzaba a arremolinarse. «Era

como si se estuviera abriendo un portal —me dijo—. La mejor manera de describirlo es que dos seres humanoides se *glitchearon*<sup>1</sup> en la realidad. Estaban hechos de luz, pero de una luz como de agua corriente. El aire en la habitación tenía densidad, como si al tocarlo se formaran ondas».

Los seres se comunicaron con Nino telepáticamente. Le dijeron que un pájaro estaba a punto de posarse en el alféizar de su ventana. Y así fue. Luego le anunciaron que un coche iba a petardear en la calle de abajo. También ocurrió. Después, desaparecieron.

Nino salió corriendo hacia un hospital cercano y pidió con urgencia una resonancia magnética y un análisis de sangre. Temía estar perdiendo la razón. Pero no encontraron nada anómalo.

Desde entonces, los visitantes han regresado cada año. Tras casarse, su esposa también los vio, lo cual fue un alivio para él: así supo que no estaba alucinando. Lo que le ocurre a Nino no es algo insólito. Muchas personas que han visto o interactuado con ovnis relatan experiencias paranormales posteriores —incluidas visitas de seres como los que se le aparecen a Nino—. Algunos cristianos que han vivido algo similar afirman que, al pronunciar el nombre de Jesús en presencia de estos seres, estos desaparecen.

—¿Rezaste alguna vez cuando los viste? —le pregunté.

—Oh, claro —respondió Nino—. Dos veces. Desaparecieron de inmediato.

—¿Y eso no te hizo pensar que podrían ser demoníacos?

—Sabes, nunca lo pensé de esa manera —dijo—. Más bien supuse que vieron que me habían asustado y quisieron retirarse. Pensé que, si fueran demonios, habrían querido pelear.

Nino, un joven bien asentado y conservador, de cabello muy corto y con una nariz aguileña que bien podría haber heredado de Dante,

---

<sup>1</sup> *Glitch* es un término inglés que designa un fallo técnico breve o una anomalía visual, especialmente en entornos digitales o electrónicos. En la jerga informática y de los videojuegos en español, se ha adoptado el verbo *glitchear* para referirse a fenómenos como distorsiones gráficas, apariciones súbitas o movimientos erráticos de personajes o elementos (ndt).

llevaba años luchando por reconciliar estas experiencias con su fe católica. Hablamos por primera vez a comienzos del otoño de 2023, poco después de que él y su esposa regresaran de un viaje a Colorado. Habían alquilado una cabaña aislada. Una noche, la misma densidad que Nino había sentido durante la aparición de los humanoides se manifestó en la cabaña, y todos los aparatos electrónicos del lugar enloquecieron.

—No sé qué es esto —le dije—, pero creo que necesitas hablar con un exorcista.

La siguiente vez que vi a Nino, ya se había puesto en contacto con el exorcista oficial de su diócesis, quien sospechaba que el abogado podía estar sufriendo una opresión demoníaca. No una posesión, que es algo raro, sino una forma de aflicción causada por demonios que hostigan. Sentado frente a mí en un hotel de su ciudad, Nino me contó que pronto se sometería a la evaluación psiquiátrica exigida por la Iglesia para poder proceder con el exorcismo. Estaba deseando comenzar y acabar con aquellas visitas tan extrañas.

Para alguien que llevaba siete años conviviendo con algo bastante aterrador, Nino me pareció sorprendentemente seguro de sí mismo, incluso animado.

—Si el propósito de estos seres era abrir una brecha entre Cristo y yo, han fracasado —dijo—. No solo no me alejaron de Jesús, sino que, en realidad, me han acercado más a Él. Todo esto me ha hecho comprender que el materialismo es falso. El mundo no es lo que pensamos que es.

Esa frase está en el corazón de este libro. Este es un libro sobre cómo vivir en un mundo lleno de misterio. Trata de aprender a abrir los ojos a la realidad del mundo espiritual y a cómo este interactúa con la materia. Es un mundo que muchos cristianos afirman aceptar en teoría, pero que les cuesta asumir en la práctica. Da demasiado miedo. Incluso las cosas buenas que alteran nuestro sentido del orden establecido pueden desestabilizarnos. Al fin y al cabo, ¿recuerdas lo primero que suelen decir los ángeles mensajeros a las personas en la

Biblia? *¡No tengas miedo!* Es natural que nos sintamos inquietos ante aquellas partes del mundo que normalmente permanecen invisibles. Y con más razón nosotros, los modernos: preferimos mantener a Dios y su acción en el mundo bien encerrados dentro de un marco racionalista y moralista. Al fin y al cabo, ¿acaso eso no se puede controlar?

Pero, como leerás en las páginas que siguen, el mundo no es así en realidad. Es más de lo que podemos ver. ¿Y el control? Bueno, eso es una ilusión. Tal vez te haya ocurrido algo paranormal, o le haya pasado a alguien que conoces. Algo inquietante o incluso aterrador, pero no algo que pudieras explicar sin más. Y quizá seas como Nino cuando vio el ovni por primera vez: convencido de que había vivido algo real, pero demasiado asustado de que se rieran de él como para contarlo.

Lo que le ocurrió a Nino lo aterrorizó y lo empujó hacia Cristo para que lo librara del mal. Pero, por supuesto, esta no es la única forma en que nuestras experiencias con una realidad más grande pueden expandir nuestro mundo. Un hombre llamado Ian Norton tuvo un encuentro positivo con lo numinoso —lo misterioso— que lo sacó del pozo que él mismo había cavado y lo condujo a los brazos de Jesús.

Esto fue lo que ocurrió. Era el día después de Pascua, en 2022, y yo me encontraba en el barrio cristiano de la Ciudad Vieja de Jerusalén, buscando un recuerdo especial antes de partir hacia el aeropuerto aquella misma tarde. Acababa de vivir una de las semanas más inolvidables de mi vida —la Semana Santa en Jerusalén— y quería llevarme algo antiguo que me ayudara a recordarla.

—Conozco el lugar perfecto —me dijo Dale Brantner, un pastor estadounidense y arqueólogo bíblico de formación.

Me llevó a Zak, una angosta tienda de antigüedades en una de las antiguas calles de la Ciudad Vieja. Dale me dijo que conocía a Zak, un cristiano palestino, desde hacía años. Buen hombre. Ama a Jesús. Honesto. Vende piezas auténticas. Entramos en la tienda, pero Zak no estaba. Al fondo de la sala, detrás de un ordenador, estaba sentado

un tipo blanco de aspecto duro, de mediana edad, calvo, con tatuajes tribales desvaídos en los antebrazos y una expresión que decía: «Ni una broma, amigo».

—Zak viene de camino —dijo el hombre con un marcado acento *cockney*<sup>2</sup> que contrastaba con la suavidad de su voz.

No esperas encontrarte a un londinense de clase obrera en el corazón de Jerusalén. Estaba ocupado con las cuentas de la tienda cuando nosotros, estadounidenses, entramos. Mientras esperábamos a Zak, le pregunté al hombre —se llamaba Ian Norton— cómo demonios había acabado tan lejos de casa.

—Llevo aquí treinta y dos años —dijo Ian—. Era un yonqui. Me fui de Londres a Ámsterdam buscando drogas más fuertes. Luego oí que la heroína era aún mejor en Tel Aviv, así que me fui allí. Y era verdad. Pero un día me di cuenta de que, si no lo dejaba, iba a morir. Fui a rehabilitación una vez, pero no funcionó. Sabía que me quedaba una última oportunidad.

El adicto acabó llegando a Jerusalén, en una misión para salvar su propia vida. De algún modo consiguió un Nuevo Testamento en inglés —un libro que nunca había leído— y se dirigió a las orillas del río Jordán. Aquel desesperado *cockney* hizo un voto: pasara lo que pasara, no se iría del río hasta ser liberado del demonio de la drogadicción. Era una estrategia arriesgada. El síndrome de abstinencia aguda de la heroína puede provocar dolores musculares, fiebre, escalofríos, náuseas, diarrea y otros síntomas graves. Si los vómitos y la diarrea son lo bastante intensos, el paciente puede morir deshidratado.

—Estaba esperando que empezaran los dolores, y estaban empezando —recordó—, por no tener heroína, ni comida, ni dinero, ni nada. Pensaba: «Esto es, tengo que atravesar esta adicción como sea». Así que estaba sentado junto al río Jordán, esperando que empezaran

---

<sup>2</sup> *Cockney* es el nombre que recibe el acento tradicional del inglés popular del este de Londres, así como las personas originarias de esa zona, especialmente de clase trabajadora (ndt).



los dolores, y ya estaban comenzando a aumentar. Estaba leyendo el evangelio de Mateo por primera vez en mi vida. Llegué al pasaje en que Jesús va al encuentro de Juan el Bautista.

Ese episodio, narrado en Mateo 3,13-17, tuvo lugar en el mismo río donde el atormentado Ian estaba sentado, tiritando por los dolores del síndrome de abstinencia.

Por entonces viene Jesús desde Galilea al Jordán y se presenta a Juan para que lo bautice. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: «Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?».

Jesús le contestó: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia». Entonces Juan se lo permitió.

Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».

Ian continuó:

—Mientras leía ese pasaje, apareció una nube. Estaba por todas partes, acercándose cada vez más. Primero cruzó el agua, y a medida que se acercaba a mí, se volvía cada vez más densa, más concentrada. Al principio solo podías verla. Luego era algo que podías saborear y tocar... y me di cuenta de que se había enroscado a mi alrededor. Me envolvía, me apretaba. Me sostenía. Lo único que puedo decir es que era pureza total y paz. Esas cosas maravillosas que nunca había sentido antes me rodeaban por completo y me sostenían en un estado de amor puro.

»Después de cuatro días siendo sostenido así, sin nada, la nube se disipó... y yo quedé libre de la lucha contra la heroína, así, sin más.

Volvió a Jerusalén tambaleándose, débil por no haber comido. Se sentó en la calle a pedir limosna, con un cartel que decía «Hambriento y sin hogar», lo cual era cierto. Algunos creyentes cristianos se acercaron a Ian para compartir con él sus testimonios. Finalmente, un pastor de una congregación judía mesiánica invitó al joven mendigo a

vivir en la iglesia y rehacer su vida. Fue allí, hace más de dos décadas, donde llegó a creer en Cristo, aceptó el bautismo y comenzó su nueva vida.

Pasmado por lo que acababa de oír, le conté que acababa de vivir una semana transformadora, llena de milagro y asombro, en Jerusalén. Había llegado a mí como un regalo de luz y consuelo, justo cuando mi vida había dado un giro dramático y doloroso tras la demanda de divorcio de mi esposa. Ian asintió. Lo entendió. Eso es lo que hace Jerusalén contigo: uno de esos lugares en los que el velo entre lo visible y lo invisible se vuelve poroso.

—Lo primero que sientes al llegar aquí es separación —dice—. Lo que nos separa de nuestro Creador, en Jesús, son los apegos que mantenemos con el mundo. Yo nací en Londres, y al salir de allí, todo es tan mundano... Incluso si has nacido de nuevo y has entregado tu vida a Yeshúa, Jesús, sigue existiendo esa lucha con las cosas del mundo que tiran de ti para devolverte a él.

»Vienes a Jerusalén, y todo está centrado en Dios. Aquí estás envuelto en ese espíritu. Todo gira en torno a continuar ese camino hacia Él. Una vez que te desprendes de las cosas a las que estás aferrado, quedas abierto a que el Espíritu toque tu corazón.

Y es verdad. Yo acababa de vivirlo. Tras solo una semana en la Ciudad Santa —una semana de milagros, signos y prodigios— regresaba a una vida en Occidente que era incierta, incluso inquietante, pero también llena de esperanza y renovación.

Conversaciones fortuitas como aquella con el tendero me hacen preguntarme: ¿cuántas veces, a lo largo de los años y en todos los lugares donde he vivido alrededor del mundo, habré pasado junto a personas como Ian? ¿Cuántas veces me habré perdido la oportunidad de conocer sus historias o, siendo honestos, ni siquiera me habrá importado conocerlas, aun cuando habrían sido tocadas de un modo asombroso por un encuentro con lo divino? ¿Cómo habría sido distinta mi vida si hubiera estado abierto a percibir, con los ojos abiertos, los oídos abiertos, la mente abierta y el corazón abierto?

Apuesto a que a ti también te pasa algo parecido. Quieres creer que cosas así pueden ocurrir —que el mundo, en realidad, está encantado, a pesar de lo que muchos modernos afirman—, pero te cuesta. O quizá ya lo crees, pero la presencia de Dios te parece lejana. Tal vez tu fe se ha vuelto árida, algo que guardas más en la cabeza que en el corazón... o que ya no sientes en lo más profundo. Tanto si eres incrédulo curioso, creyente a medias o creyente que desea adentrarse más en este mundo de maravillas pero no sabe cómo, este libro es para ti.

Una noche de otoño, en la ciudad húngara de Debrecen, un joven evangélico se me acercó y me pidió que habláramos un momento. Era un estudiante estadounidense de intercambio en la universidad local y había leído algunos de mis libros anteriores.

—Soy un evangélico conservador, y lo he sido toda mi vida —me dijo—. Pero me estoy muriendo. Quiero decir, estoy como un pez tirado en la orilla de un río, jadeando por aire. Lo creo todo, pero estoy desesperado por experimentar el encantamiento del mundo. Me gustaría que me hablaras de la ortodoxia.

Se refería al cristianismo ortodoxo, mi propia tradición de fe, a la que me convertí en 2006. A través de mis escritos, el joven había intuido que la Ortodoxia —prácticamente inalterada desde la era patrística, con sus antiguos rituales, ceremonias, velas, incienso y su modo de concebir la conexión entre la materia y el espíritu— ofrecía justamente el encantamiento que él anhelaba. Y creo que tenía razón; hemos entrado en una época en la que la Iglesia occidental necesita desesperadamente probar la medicina que ha sido preservada en la Iglesia oriental.

De eso hablaremos más adelante. Pero este no es realmente un libro sobre la Ortodoxia. Es, más bien, un libro sobre la necesidad profundamente humana de creer que vivimos, nos movemos y existimos en la presencia de Dios. No solo en la *idea* de Dios, sino en el Dios que está tan cerca de nosotros como el aire que respiramos, la luz que vemos y el suelo firme que pisamos.

Como mencioné, esta manera de ver y vivir la fe es hoy más común entre los cristianos ortodoxos, que, por diversas razones históricas, quedaron al margen del tránsito a la modernidad. Pero esta experiencia era la norma entre los cristianos de épocas pasadas. C. S. Lewis escribió sobre la cosmovisión de los cristianos medievales<sup>3</sup>. En ella, todo en el mundo visible e invisible estaba conectado a través de Dios. Todas las cosas tenían un sentido último porque participaban de la vida del Creador. Los detalles de esa relación participativa eran objeto de disputa entre teólogos, pero pocos —si es que alguno— dudaban de que así funcionaba el cosmos.

Esto es a lo que se refieren los sociólogos y los estudiosos de la religión cuando dicen que el mundo del pasado estaba encantado. Sí, la Edad Media fue una época de reyes y caballeros, de castillos y torneos, de hechiceros y supersticiones, y demás. También fue una época de guerras, hambre, crueldad y sufrimiento, de un tipo que no aparece en las versiones del pasado que nos ofrece Disney. Pero llamar a esa época «encantada», en el sentido académico —y en el sentido en el que lo uso en este libro—, es aludir a la creencia ampliamente compartida de que, como dice una oración ortodoxa, Dios está en todas partes y lo llena todo. Decir que este mundo está encantado es afirmar que vivimos en un mundo de maravillas, hermosas y terribles, cosas que nos llenan de asombro y nos llaman a salir de nosotros mismos para reconocer una realidad más alta y más grande.

El estudioso de la religión Charles Taylor describió la experiencia del encantamiento de esta manera:

Todos consideramos que nuestra vida y/o el espacio en el que vivimos nuestra vida tienen cierta forma moral/espiritual. En algún lugar, en alguna actividad o en algún estado, hay una plenitud, una riqueza; es decir, en ese lugar (actividad o estado), la vida es más plena, más rica, más

---

<sup>3</sup> Clive Staples Lewis, *La imagen descartada. Una introducción a la literatura medieval y renacentista*, Antoni Bosch, Barcelona 2022.

profunda, más valiosa, más admirable, más como debe ser. Quizá ese sea un lugar de poder: muchas veces experimentamos esto como algo profundamente movilizador, inspirador. Quizá esta sensación de plenitud sea algo de lo que tenemos atisbos en la distancia; tenemos la poderosa intuición de lo que sería la plenitud si estuviésemos en ese estado, por ejemplo, de paz o completitud, o si pudiésemos actuar en ese nivel de integridad, generosidad, abandono o despojo del yo. Pero a veces hay momentos en los que experimentamos plenitud, alegría y satisfacción, en los que sentimos que estamos allí<sup>4</sup>.

Normalmente experimentamos esa plenitud, dice Taylor, en «una experiencia que perturba e irrumpe en nuestra sensación corriente de estar en el mundo, con sus objetos, actividades y puntos de referencia familiares». Eso es lo que llamamos asombro o maravilla. Es una experiencia primordial de la que depende toda religión verdadera. «Sentimos que estamos allí».

Nadie puede vivir permanentemente sobrecogido por el asombro. En sus rituales y símbolos, la religión es en gran medida un intento de captar esa experiencia primordial de maravilla, de hacerla presente de algún modo para que su fuerza pueda penetrar en nuestra vida cotidiana. Queremos que ese encuentro con un poder más grande que nosotros nos saque de nosotros mismos, nos transforme, nos haga mejores... nos haga, si se me permite la expresión, más santos.

La vida tiene sus altibajos. En algunas etapas nos sentimos más cerca de Dios que en otras. Sin embargo, en una sociedad encantada, es más fácil creer en Dios y sentir siempre su presencia cercana. Somos más capaces de percibir un sentido en el mundo, de intuir una estructura moral que da propósito a nuestras propias vidas.

La visión de Taylor sobre el modelo medieval es muy cercana a la de Lewis. En el pasado premoderno, las personas (no solo los cristianos) daban por hecho que el mundo natural daba testimonio de la existencia de Dios, o de los dioses. Creían que la sociedad estaba

---

<sup>4</sup> Charles Taylor, *La era secular. Tomo I*, Gedisa, Barcelona 2014, p. 25.

fundada sobre esa realidad divina. Creían que el espíritu era real: no solo el alma de los hombres y mujeres, sino también los ángeles, los demonios y quizá otros seres incorpóreos. Todo estaba unido en un modelo coherente —un símbolo— que daba sentido a nuestras alegrías y a nuestros sufrimientos en esta vida.

El mundo social que sostenía esa visión cotidiana del encantamiento ha desaparecido. Esto no significa que ya nadie crea en Dios. Significa, más bien, que incluso para muchos cristianos de hoy en día, aquel sentido vívido de la realidad espiritual que tenían nuestros antepasados encantados se ha vaciado de su fuerza vital. En su lugar, muchos de nosotros experimentamos el cristianismo como un conjunto de normas morales, como los lazos que mantienen unida a una comunidad, como una estrategia de autoayuda terapéutica, o quizá como el fundamento de un compromiso político. Y sí, es todo eso. Pero sin la experiencia viva del encantamiento, presente y accesible, en el centro palpitante de la vida en Cristo, la fe pierde su capacidad de asombro. Y cuando pierde su capacidad de asombro, pierde también su poder para consolarnos, transformarnos y llamarnos a actos de heroísmo. Lentamente, de forma imperceptible, la vida vibrante del espíritu se va apagando, y con ella se desvanece nuestra confianza en un sentido último. Tal vez incluso nuestra esperanza en el futuro.

Aquel estudiante estadounidense en Debrecen conoce bien la Biblia. Tiene todos los argumentos a favor de la fe claros en la cabeza. Pero anhela una experiencia de la «magia profunda» de la fe cristiana. Desea una fe como la del apóstol Pablo y su equipo, que recorrían el Mediterráneo expulsando demonios, sanando enfermos y derrotando a espíritus impuros y deidades paganas por el poder del Dios verdadero. Leemos esas historias en el libro de los Hechos y nos asombramos ante los signos y prodigios que eran comunes en la iglesia primitiva.

Durante las vacaciones de verano, los estadounidenses a veces viajan a Europa, visitan las grandes catedrales medievales y se preguntan qué clase de fe pudo levantar semejantes templos para la gloria de Dios en sociedades mucho más pobres que la nuestra. Leemos antiguos

relatos de milagros, visiones, peregrinaciones y fiestas religiosas, y sentimos la pobreza de nuestra propia experiencia espiritual. Cumplimos con ir a la iglesia los domingos, leemos la Biblia, seguimos los mandamientos, trabajamos al servicio de nuestra nación o de nuestra comunidad, nos mantenemos al día con nuestras lecturas... pero, aun así, puede que nos preguntemos: ¿es esto todo?

No, no es todo. Hay mucho más. Ian, en Tierra Santa, lo sabe. Nino, en Estados Unidos, también. Y lo saben otras personas que encontrarás en estas páginas, que llegaron a Cristo a través del asombro, la mayoría al encontrarse con Cristo o con sus testigos, y en algunos casos mediante encuentros con demonios u otras experiencias que los llevaron corriendo a Jesús en busca de refugio.

Las historias son creíbles, extrañas y poderosas. Sin embargo, la verdad es que la mayoría de nosotros no viviremos algo como lo que le ocurrió a Ian, el drogadicto al límite, o a Nino, el abogado perseguido por un ovni. Puede que nunca conozcamos a alguien cuya vida haya sido sacudida por lo sobrenatural. De hecho, lo más probable es que la mayoría sigamos adelante con nuestra vida sin presenciar un milagro ni ninguna otra manifestación de lo numinoso —y, en cualquier caso, no podemos forzar que ocurran—. Y está bien así. No hace falta tener un encuentro cercano con ángeles o milagros para experimentar el encantamiento. Dios no actúa de esa manera.

Si el cosmos está construido tal como enseñaba la antigua Iglesia, entonces el cielo y la tierra se entrelazan, participan de la vida el uno del otro. Lo sagrado no se inserta desde fuera, como una inyección procedente de los manantiales del paraíso; ya está aquí, esperando ser revelado. Por ejemplo, cuando un sacerdote bendice el agua y la convierte en agua bendita, no le añade algo para cambiarla, sino que hace que esta sea más plenamente lo que ya es: portadora de la gracia de Dios. Si llegamos a tener una experiencia de asombro, un momento en que la plenitud de la vida se nos revela de forma extraordinaria, lo más probable es que sea algo mucho más ordinario que una nube mística purificadora que sopla desde el río Jordán.

Podríamos parecernos al psiquiatra judío austríaco y superviviente del Holocausto Viktor Frankl, quien, siendo un prisionero harapiento cavando una zanja en un campo de concentración alemán, trataba de ahuyentar la desesperación que lo envolvía pensando en su esposa lejana. Frankl escribe que de pronto «sentí como si mi espíritu traspasara la melancolía que nos envolvía, me sentí trascender aquel mundo desesperado, insensato, y desde alguna parte escuché un victorioso ‘sí’ como contestación a mi pregunta sobre la existencia de una intencionalidad última. En aquel momento y en una franja lejana encendieron una luz, que se quedó allí fija en el horizonte como si alguien la hubiera pintado, en medio del gris miserable de aquel amanecer en Baviera. ‘*Et lux in tenebris lucet*’, y la luz brilló en medio de la oscuridad»<sup>5</sup>.

El Dr. Frankl encontró ese día la fuerza para seguir adelante —y más tarde, en su vida, para ayudar a millones de personas a través de sus libros sobre cómo encontrar sentido en el sufrimiento—.

O tal vez podríamos vivir una experiencia como la que tuvo el espía soviético Whittaker Chambers a finales de los años treinta, que acabó por sacarlo de la clandestinidad comunista. Estaba en casa observando a su adorada hija pequeña mientras comía en su trona. «Mi mirada se posó en los delicados pliegues de su oreja, esas orejitas intrincadas y perfectas —escribió Chambers—. Pasó por mi mente este pensamiento: ‘No, esas orejas no fueron creadas por una mera combinación fortuita de átomos en la naturaleza (como sostiene la visión comunista). Solo podrían haber sido creadas mediante un diseño supremo’. El pensamiento fue involuntario y no deseado. Lo aparté de mi mente. Pero nunca lo olvidé del todo, ni tampoco ese momento. Tenía que apartarlo de mi mente. Si lo hubiese llevado a término, habría tenido que decir: el diseño presupone a Dios. Entonces no sabía que, en ese momento, el dedo de Dios se había posado por primera vez sobre mi frente»<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Viktor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1987, p. 48.

<sup>6</sup> Whittaker Chambers, *Witness*, Regnery, Washington 1969, pp. 15-16.



En mi caso, mucho más modesto, debo mi fe a haber entrado en una vieja iglesia francesa un día de verano de 1984. Yo era un estadounidense de diecisiete años, aburrido, el único joven en un autobús lleno de turistas ancianos, y apenas podía soportar el tedio del largo viaje hacia París. Seguí a los viejos al interior de la iglesia simplemente porque la idea de quedarme sentado en el autobús me resultaba aún más aburrida.

La iglesia era la catedral de Chartres, la obra maestra medieval que es una de las iglesias más gloriosas de toda la cristiandad. Pero yo no lo sabía en aquel momento. Me quedé de pie en el centro del laberinto, en la nave, mirando hacia las bóvedas que se alzaban imponentes, los vitrales caleidoscópicos y el icónico rosetón, y sentí cómo se evaporaba todo mi agnosticismo adolescente. Supe, sin la menor sombra de duda, que Dios era real y que me buscaba. No recuerdo nada más de todo aquel viaje —mi primer viaje a Europa—, pero nunca podré olvidar Chartres, porque fue allí donde comenzó mi peregrinación hacia una fe madura en Dios.

En estos tres casos, tres hombres muy distintos se encontraron con lo trascendente en el límite del mundo material. Una chispa cruzó la barrera, indicando a quienes observaban que había algo más allá de lo que puede verse, tocarse y oírse. Y eso cambió sus vidas.

El encanto no consiste en tener experiencias místicas hechas a medida. No se trata de aprender a salpicar el mundo cotidiano con un polvo de hadas mental para hacerlo más interesante. Es algo más que una forma de escapar de la sensación de alienación y desarraigo que muchas personas experimentan hoy. Todas esas son aproximaciones superficiales, más propensas a conducirnos, en el mejor de los casos, al autoengaño, y en el peor —como ha ocurrido con buscadores curiosos que se han entregado al ocultismo u otras distracciones y engaños—, al cautiverio espiritual.

No, el verdadero encanto consiste simplemente en vivir con la firme convicción de que la vida tiene un sentido profundo, un sentido que existe en el mundo independientemente de nosotros. Es vivir con

fe para conocer ese sentido y entrar en comunión con él. No se trata de un sentido abstracto, sino de un sentido que vive en y a través de Dios, y en su Hijo, el Logos hecho carne. Podemos sentir en lo más hondo de nuestro ser que la vida es buena, que tiene un sentido y que vale la pena vivirla; pero también que existen el mal espiritual y fuerzas del caos, y que debemos prepararnos para combatirlas, porque la vida cotidiana exige una lucha espiritual. Para los cristianos, esto implica aprender a vivir como si lo que profesamos creer fuera realmente verdad. También implica aprender a percibir la presencia de lo divino en la vida diaria y crear hábitos que abran nuestros ojos y nuestros corazones a él, tal como lo hicieron nuestros padres y madres en la fe.

Eso fue en otro tiempo, sí, pero también lo es ahora, a pesar del desierto espiritual que ha producido la modernidad. Fijaros que las manifestaciones de lo asombroso de las que he hablado hasta ahora no ocurrieron en un pasado lejano de cuento de hadas, sino en nuestro tiempo, en una era de desencanto, cuando se supone que cosas así ya no ocurren. Pero siguen ocurriendo. El mundo nunca ha estado verdaderamente desencantado. Somos nosotros, los modernos, quienes hemos perdido la capacidad de percibir el mundo con ojos asombrados. Ya no podemos ver lo que es realmente real. El hambre de encantamiento no ha desaparecido, porque el hambre de sentido, de comunión y de experiencia de asombro forma parte de la naturaleza humana. Pero, en ausencia de confianza en la tradición, y dentro de una cultura antinómica que, en la práctica, niega toda trascendencia o toda estructura de verdad exterior al yo que elige, ya no sabemos dónde mirar, ni cómo.

Es imposible exagerar la importancia de esto: el mundo no es lo que creemos que es. Es mucho más extraño. Es mucho más oscuro. Y es mucho, muchísimo más luminoso y hermoso. No creamos el sentido; el sentido ya está ahí, esperando a ser descubierto. Los cristianos del primer milenio lo sabían. Nosotros hemos perdido ese saber, hemos abandonado la fe en esa afirmación y olvidado cómo buscar. Se



## Vivir en el asombro

*Vivir en el asombro* es una invitación a volver a abrir los ojos. A descubrir que el mundo no es un escenario plano y silencioso, sino un lugar cargado de sentido, misterio y presencia divina. En estas páginas, Rod Dreher narra cómo Occidente fue perdiendo su capacidad de asombrarse, cómo se «desencantó», y muestra, con ejemplos concretos y profundamente humanos, que ese encantamiento no ha desaparecido: simplemente hemos olvidado el sentido de la maravilla y la conciencia de lo divino.

Apoyándose en la historia, la antropología cultural y la neurociencia, bebiendo de la sabiduría de los monjes de la Iglesia antigua, y a través de testimonios reales —milagros inexplicables, encuentros con santos y ángeles, y hasta combates espirituales contra el mal— el autor nos recuerda algo esencial: la realidad visible no lo es todo. Dios sigue hablando, actuando y saliendo a nuestro encuentro, aunque hayamos aprendido a ignorar sus señales.

En su recorrido, Dreher se pregunta por qué el cristianismo «moderno» resulta tan insípido y por qué tantos jóvenes se han alejado de la fe. Su respuesta es provocadora y esperanzadora a la vez: la visión sacramental, vibrante y encantada de la Iglesia del primer milenio sigue siendo verdadera.

Depósito Legal: M-3785-2026



ISBN: 978-84-1339-266-0



9 788413 392660